

unida la burla á los complots que se tramaban contra el desventurado monarca. Los legisladores se burlaban de un poder desarmado por sus propias manos, y aplaudían á los facciosos.

Bajo estos auspicios se inauguró la jornada del 20 de Junio. En la noche del 19 al 20 se había celebrado otro conciliábulo más secreto y ménos numeroso en casa de Santerre. Los hombres de accion eran los que habían asistido á él, y la reunion duró hasta medianoche. Desde allí cada uno fué al puesto que le estaba señalado, despertó y reunió á los hombres en quienes más confianza tenía, colocándolos despues en pequeños grupos para recoger á los trabajadores conforme fuesen saliendo de sus casas. Santerre había respondido de la guardia nacional y había dicho á los conspiradores: «No os dé cuidado esa fuerza, porque Petion estará allí».

En efecto, éste había mandado el día ántes que los batallones de la guardia nacional se pusiesen sobre las armas, no para oponerse á la marcha de las columnas del pueblo, sino para fraternizar con los peticionarios y dar escolta á la sedicion. Esta medida equívoca salvaba á la vez la responsabilidad de Petion ante el directorio del departamento, y su complicidad ante el pueblo amotinado. Decía á los unos: «Estoy vigilando»; á los otros: «Ya veis que marcho en vuestra compañía».

Al amanecer, estos batallones, con las armas en pabellon, estaban reunidos en las principales plazas. Santerre arengaba al suyo sobre las ruinas de la Bastilla. A su alrededor afluía continuamente un pueblo inmenso que, agitado é impaciente, estaba dispuesto á caer sobre la ciudad á la menor señal que se le diese para efectuarlo. Los harapos de la indigencia estaban mezclados allí con la brillante armonía de los uniformes. Unas patrullas compuestas de inválidos, de gendarmes, de guardias nacionales y de voluntarios comunicaban á la multitud las órdenes que recibían de Santerre. Una disciplina instintiva presidía aquel desorden, y el aspecto popular y militar á la vez de aquel campamento del pueblo, daba á la reunion el carácter de una expedicion militar, más bien que el de un motin. Aquella multitud reconocía á sus jefes, seguía sus banderas, obedecía su voz, ejecutaba cuanto se le mandaba, y hasta daba treguas á su impaciencia para aguardar refuerzos y para dar á los pelotones aislados la apariencia y el conjunto de unos movimientos simultáneos. Santerre, á caballo y rodeado de un estado mayor de hombres de los arrabales, daba sus órdenes, fraternizaba con los ciudadanos, alargaba la mano á los insurrectos, recomendaba al pueblo que guardase silencio y que se condujese con dignidad, y formaba muy despacio sus columnas de marcha.

V

A las once se puso el pueblo en movimiento en direccion al barrio de las Tullerías. Se ha calculado que fueron unos veinte mil hombres los que salieron de la plaza de la Bastilla, mandados por Santerre y demas principales jefes. Esta fuerza estaba dividida en tres cuerpos, del modo siguiente: el primero se componía de los batallones de los arrabales, armados con bayonetas y sables, y estaba á las inmediatas órdenes de Santerre; el segundo, compuesto de paisanos sin armas, cuando más con picas y palos, marchaba á las órdenes del demagogo Saint-Huruge; el ter-

ceros, mezcla confusa de hombres desharrapados, de mujeres y de niños, era una horda medio salvaje, que sin guardar ningun orden seguía á una mujer jóven y hermosa vestida de hombre que, sable en mano, con un fusil á la espalda, iba sentada en un cañon arrastrado por unos jornaleros con los brazos arremangados. Llamábase esta mujer Theroigne de Mericourt.

Santerre era conocido por el rey de los arrabales; Saint-Huruge era desde el



Luckner.

año 89 el gran agitador del Palacio Real. El marqués de Saint-Huruge, hijo de una familia noble y rica de Macon, era uno de esos alborotadores que parece personificar en sí las masas. De alta estatura y de aspecto marcial, su voz dominaba el rugido de la multitud. Su alma no era cruel, pero su cabeza no estaba enteramente sana. Demasiado aristócrata para tener envidia, harto rico para querer apoderarse de lo ajeno, demasiado ligero de cabeza para ser fanático por principios, se dejaba arrastrar por la revolucion como por una corriente impetuosa, y la amaba porque, habiendo en su movimiento algo de demencia, no podía ménos de serle agradable. Siendo aún muy jóven había prostituido su nombre, su fortuna y su honor en el juego, en el trato con las mujeres perdidas y en todo género de disoluciones. Tanto en el Palacio Real como en los demas barrios de desorden, era célebre por sus escándalos y conocido de todo el mundo. Su familia le había hecho encerrar en la

Bastilla, y cuando fué restituido á la libertad el 14 de Julio, como todos los demas, habia jurado vengarse, y cumplia su juramento. Cómplice voluntario é infatigable de todas las facciones, habia ofrecido sus servicios, sin exigir por ellos la menor recompensa, al duque de Orleans, á Mirabeau, á Danton, á Desmoulins, á los girondinos y á Robespierre, perteneciendo siempre al partido más avanzado y al motin más dispuesto á hacer daño. Despierto ántes de amanecer, presente á todos los clubs y rondando todas las noches, acudia á todas partes al menor ruido que oia, y aumentaba con su presencia el grupo más insignificante que se formase, tratando de arrastrarle á los excesos. Inflamábase con el ardor de la pasion comun, áun ántes de comprenderla, y su voz, su gesto y la descomposicion de sus facciones infundian la exaltacion en todo cuanto le rodeaba. Incitaba á voces á la sedicion, inoculaba la calentura en cuantos le escuchaban, electrizaba á las masas indecisas, formaba la corriente del motin ó le seguia, y puede decirse que este hombre era por sí solo una sedicion completa.

Despues de este hombre original seguia Theroigne ó Lambertina de Mericourt, jefe, como ya hemos dicho, del tercer cuerpo de ejército de los arrabales, y conocida del pueblo por la *Hermosa liejesa*. La revolucion francesa la habia atraido á Paris, á la manera que un torbellino arrastra los objetos que ofrecen poca resistencia. Un amor de que era víctima abandonada la habia arrojado en la carrera del vicio, y aunque se avergonzaba de su conducta, el desarreglo mismo de sus costumbres le infundia una continua sed de venganza. Hiriendo á los aristócratas creia rehabilitar su honor perdido, y de esta manera lavaba su deshonor con sangre.

Habia nacido esta jóven en el pueblo de Mericourt, á las inmediaciones de Lieja, y siendo sus padres unos labradores ricos, le habian hecho dar una esmerada educacion. Su rara hermosura cuando sólo contaba diez y siete años habia llamado la atencion de un caballero de las orillas del Rhin cuyo palacio estaba inmediato á la casa de esta jóven. Amada primero, y seducida y abandonada por él, habia desertado del hogar paterno y se habia refugiado en Inglaterra. A los pocos meses de su permanencia en Lóndres, se volvió á Francia, en donde, recomendada á Mirabeau, conoció por medio de éste á Sieyes, José Chenier, Danton, Ronsin, Brissot y Camilo Desmoulins. La juventud, el amor, la venganza y el continuo contacto con el foco de una revolucion habian acalorado su cabeza en términos que no podia vivir sino en medio de la embriaguez de las pasiones, de las ideas y de los placeres. En un principio, unida á los grandes innovadores del año 89, habia pasado desde sus brazos á los de unos ricos voluptuosos que pagaban muy caros sus encantos. Prostituta de la opulencia, se convirtió en prostituta voluntaria del pueblo, y á la manera de la célebre cortesana de Egipto, prodigaba á la libertad el oro adquirido por el vicio.

Desde las primeras sublevaciones se presentó en las calles, consagrando su belleza á servir de enseña á la multitud. Vestida de amazona con una tela de color de sangre, llevando un desmayo en el sombrero y armada de sable y pistolas, voló la primera á las insurrecciones. Tambien fué la primera en forzar las verjas del cuartel de los Inválidos para sacar de allí los cañones, y la primera igualmente en subir al asalto en la toma de la Bastilla. Entónces los vencedores le habian decretado un sable de honor en la misma brecha. En las jornadas de Octubre se habia puesto á la cabeza y habia conducido á Versalles á las mujeres de Paris. A caballo

y al lado del feroz Jourdan, á quien llamaban el *Hombre de la barba larga*, habia acompañado al rey á Paris, y habia seguido sin palidecer detras de las cabezas de los guardias de corps, puestas á manera de trofeos en las puntas de unas picas. Su palabra, aunque dejando percibir en ella un acento extranjero, tenia la elocuencia del tumulto y sobresalia en las borrascosas sesiones de los clubs y en medio del alboroto de las galerías en la Asamblea. Algunas veces arengaba en el club de los Franciscanos. Camilo Desmoulins habla del entusiasmo que excitó allí con una de sus improvisaciones: «Sus imágenes—dice—eran tomadas de Píndaro y de la Biblia, y su patriotismo era muy parecido al de Judit.» Esta mujer proponia que se edificase el palacio de la Representacion nacional en el mismo sitio en que habia estado la Bastilla. «Despojémonos,—dijo un dia,—para fundar y para embellecer este edificio, de nuestros brazaletes, de nuestro oro y de nuestros diamantes; yo soy la primera en dar el ejemplo.» Inmediatamente se quitó en la misma tribuna todo lo que habia dicho. Su ascendiente sobre las masas amotinadas era tal, que una señal suya condenaba ó absolvía las víctimas. Los realistas temian encontrarse con ella.

En aquella época, por una de esas casualidades que parecen unas venganzas premeditadas de la suerte, reconoció en Paris al jóven caballero belga que la habia seducido y abandonado. Este conoció en las miradas de aquella mujer el grave riesgo que corria, é imploró su perdon. «¡Mi perdon!—le contestó.—¿Y cómo podríais pagar mi perdida inocencia, mi honor manchado, las burlas insultantes que persiguen desde entónces á toda mi familia, la maldicion de mi padre, el destierro de mi patria, mi enganche en la infame casta de las prostitutas, la sangre con que mancho y mancharé mis manos, mi memoria execrada entre los hombres, y esta inmortalidad de maldicion que va unida á mi nombre, reemplazando á aquella inmortalidad de la virtud de que me enseñásteis á dudar? ¡Hé aquí lo que queréis comprar! ¿Conoceis acaso nada en la tierra que valga lo suficiente para indemnizarme de todo cuanto he perdido?» El culpado enmudeció, y ella no fué bastante generosa para perdonarle. Aquel caballero fué víctima en los asesinatos de Setiembre, y Theroigne de Mericourt se comprometió cada vez más en la revolucion á medida que ésta iba haciéndose más sanguinaria y feroz.

Esta mujer no podia ya vivir sino en medio del delirio de las emociones públicas. Despertóse en ella, sin embargo, su primer culto por Brissot cuando cayeron los girondinos. Tambien ella hubiese querido contener la revolucion, pero habia allí otras mujeres tan implacables como ella. Estas, conocidas bajo el nombre de las *furias de la guillotina*, desnudaron á la hermosa jóven y la azotaron en público en el terrado de las Tullerías el 31 de Mayo. Este suplicio, más infame que la muerte, hizo que su razon se extraviase. Recogida del suelo y encerrada en una jaula en la casa de los locos, vivió en este estado veinte años, que no fueron sino un acceso continuo de furor. Impúdica y sanguinaria en su delirio, jamás quiso volver á vestirse, recordando el ultraje que habia sufrido. Enteramente desnuda, con la cabellera cana del todo y siempre suelta, ó se arrastraba por el suelo de la jaula, ó aferraba sus descarnadas manos en los yerros de la reja de su cuarto, haciendo desde allí mociones al pueblo que veia en su imaginacion, al cual pedia constantemente la cabeza de Suleau.

Detras de Lambertina de Mericourt iban otros demagogos ménos conocidos en Paris, pero ya célebres en sus barrios, tales como Rossignol, oficial de platero;

Brierre, tabernero; Gonor, vencedor de la Bastilla; Jourdan, asesino conocido bajo el nombre de *Cortacabezas*; el famoso jacobino polaco Lazowski, encerrado después por el pueblo en el Carrousel, y finalmente, Hanriot, que fué después el general de confianza de la Convención. Conforme iban penetrando las columnas en lo interior de París, se iban engrosando con nuevos grupos que desembocaban de aquellas calles tan pobladas que dan á los baluartes y á los malecones. A cada grupo que llegaba, se oía un grito de alegría que salía del seno de las columnas, al paso que la música militar hacía resonar por los aires las notas cínicas y atroces del *Ca ira*, especie de *Marsellesa* de los asesinos. Los sublevados lo cantaban en coro, blandiendo sus armas y amenazando con la voz y con el gesto á las ventanas de los presuntos aristócratas.

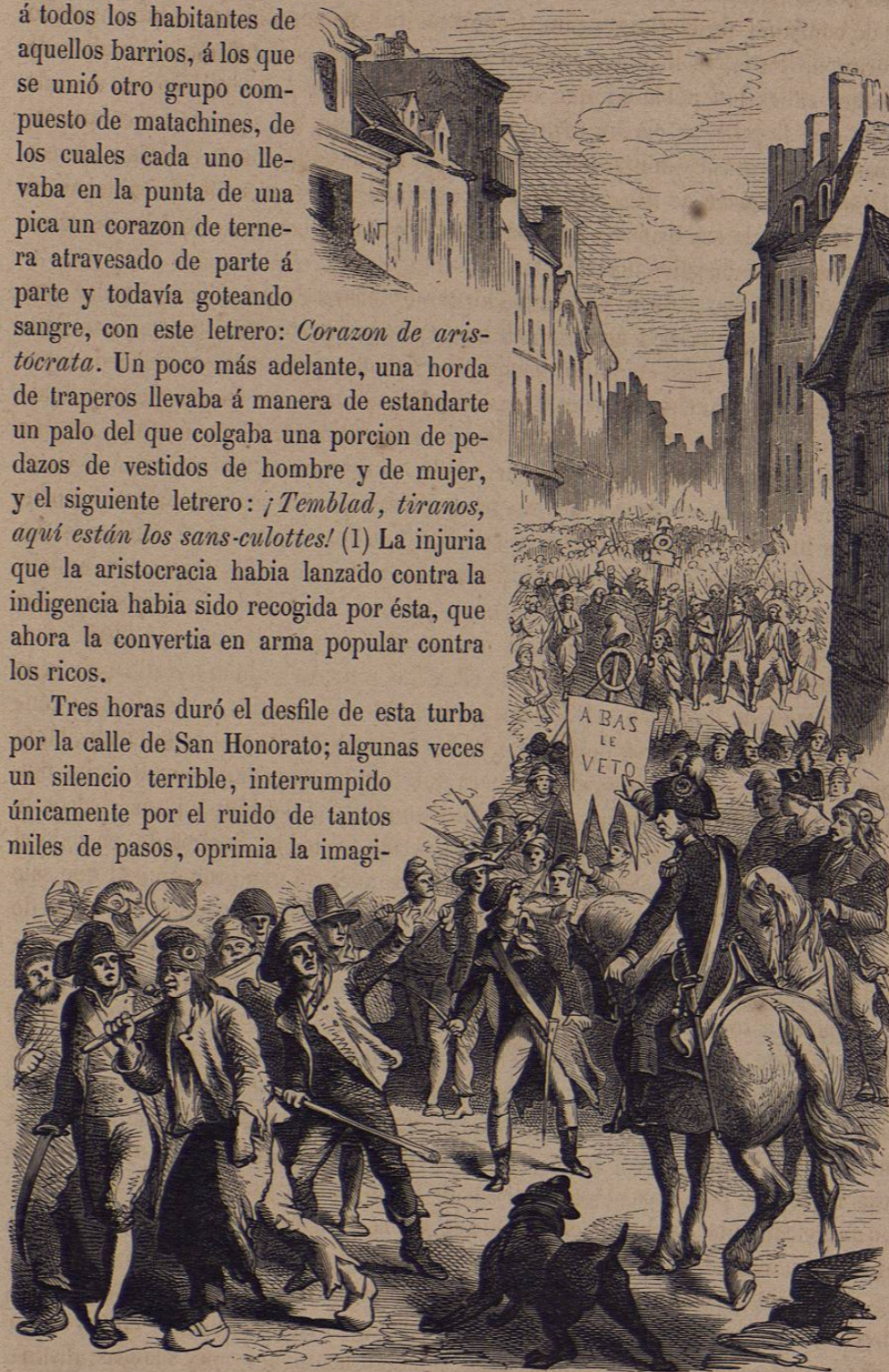
Estas armas en nada se parecían á los tersos aceros de un ejército regular, que infunden á la vez terror y admiración; aquí la mayor parte consistía en picas, lanzas oxidadas, asadores, cuchillas, hachas de carpintero, piquetas, cuchillas de zapatero, palancas, planchas, sierras, tenazas, palas, pedazos de hierro viejo, y finalmente, cuantos instrumentos y utensilios caseros habían hallado á mano los que las llevaban. Estas distintas armas llenas de orín, negras y horrorosas á la vista, de las cuales cada una presentaba un modo diferente de herir, parecía que aumentaban el horror de la muerte al ofrecerla bajo mil formas crueles é inusitadas. La mezcla de sexos, de edades y de condiciones; la confusión de los trajes, los remiendos y la laceria al lado de los uniformes; los ancianos al lado de los jóvenes; los niños á quienes llevaban sus madres en brazos ó bien de la mano, ó finalmente, agarrados de sus vestidos y tirando de ellos; las mujeres públicas vestidas de seda y manchadas de barro, con el descaro en la frente y el insulto en los labios; centenares de mujeres pobres del pueblo, obligadas á asistir á aquel espectáculo, tanto para que hubiese más gente, cuanto para que infundiesen compasión al verlas medio desnudas, flacas, pálidas, con los ojos hundidos y llevando en sus rostros la imágen más perfecta del hambre y de la miseria; el pueblo, finalmente, en todo el desorden, en toda la confusión y en toda la desnudez de una gran ciudad que sale de improviso de sus casas, de sus talleres y buhardillas y de todos los sitios de prostitución, así como de todas las guaridas del crimen: tal fué el aspecto de intimidación que los conjurados habían querido dar á aquella multitud.

Veíanse á trechos en medio de las columnas unas banderas cuyos lemas eran los siguientes: *¡La sanción ó la muerte!* *¡Reposición de los ministros patriotas!* *¡Tiembra, tirano, tu hora ha llegado!* Un hombre con los brazos desnudos llevaba una horca de la que colgaba la imágen de una mujer coronada, con un letrero que decía: *¡Cuidado con el reverbero!* Más adelante, un grupo de mujeres frenéticas levantaba por cima de las cabezas de la turba una guillotina en miniatura, con un letrero que explicaba el uso que se había de hacer de ella, cuyo contenido era el siguiente: *¡Justicia nacional contra los tiranos!* *¡Mueran Veto y su mujer!*

En medio de este aparente desorden se reconocía una mano oculta que le daba dirección. Veíanse de trecho en trecho algunos hombres con blusas ó cubiertos de harapos, pero que llevaban camisas finas y tenían las manos muy blancas, distinguiéndose además por llevar en los sombreros ciertos signos para ser reconocidos, escritos en gruesos caracteres con jabón de sastre. La marcha se arreglaba según ellos disponían, y todo el mundo seguía el impulso dado por ellos.

El grupo principal desfiló así por la calle de San Antonio y por las sombrías avenidas del centro de París hasta la calle de San Honorato. Este grupo arrastró tras sí en su marcha á todos los habitantes de aquellos barrios, á los que se unió otro grupo compuesto de matachines, de los cuales cada uno llevaba en la punta de una pica un corazón de ternera atravesado de parte á parte y todavía goteando sangre, con este letrero: *Corazón de aristócrata*. Un poco más adelante, una horda de traperos llevaba á manera de estandarte un palo del que colgaba una porción de pedazos de vestidos de hombre y de mujer, y el siguiente letrero: *¡Temblad, tiranos, aquí están los sans-culottes!* (1) La injuria que la aristocracia había lanzado contra la indigencia había sido recogida por ésta, que ahora la convertía en arma popular contra los ricos.

Tres horas duró el desfile de esta turba por la calle de San Honorato; algunas veces un silencio terrible, interrumpido únicamente por el ruido de tantos miles de pasos, oprimía la imagi-



Jornada del 20 de Junio.—Santerre arengando al pueblo.—Pág. 388.

(1) Aunque esta palabra no es española, la hemos visto usada para designar á estos hombres, llamados también impropriadamente *descamisados*.

nacion al fijarse en esta señal de la ira concentrada en aquella inmensa masa; otras, algunas voces aisladas, algun apóstrofe insultante ó algun sarcasmo atroz que se manifestaba en una risa tan feroz como las palabras que la habian producido, salian del seno de la multitud; tambien se oian de vez en cuándo algunos murmullos repentinos y multitud de voces confusas, cuyo sentido no podia percibirse con claridad, pero á las que respondian los gritos de *¡Viva la nacion! ¡Vivan los sans-culottes! ¡Abajo el veto!* Este tumulto era tan atroz, que se percibia distintamente en el salon del Picadero, donde se hallaba reunida en este momento la Asamblea legislativa. La cabeza se paró á las puertas de la sala, las columnas inundaron el patio de los Fuldenses, el del Picadero y todas las avenidas del salon. Aquellos sitios, que ocultaban entónces el terraplen del jardin, ocupaban el espacio libre que se ve hoy entre el jardin de las Tullerías y la calle de San Honorato, arteria central de Paris. Cuando esto sucedia era ya mediodía.

VI

Röederer, síndico procurador del directorio departamental de Paris, funcion que correspondia en 1792 á la de prefecto, estaba en aquel momento en la barra de la Asamblea. Partidario de la Constitucion, pertenecia á la escuela de Mirabeau y de Talleyrand, y era enemigo acérrimo de la anarquía, estando dotado al mismo tiempo del valor suficiente para confesarlo así en alta voz. Hallaba este hombre en la Constitucion un punto de conciliacion entre su fidelidad al pueblo y su lealtad hácia el rey, y queria defender aquella Constitucion con todas las armas legales que la sedicion no habia utilizado todavía. «Grupos armados—dijo desde la barra—amenazan violar la Constitucion y forzar el recinto de la Representacion nacional y la misma mansion del rey. Los partes de esta noche son alarmantes. El ministro del Interior nos pide que enviemos tropas sin retardo para defender el palacio. La ley prohibe las reuniones armadas, pero entre tanto siguen adelantándose hácia aquí las turbas amotinadas. A voz en grito están pidiendo que se les deje entrar aquí. Si dais el ejemplo de admitirlas en vuestro seno, ¿qué va á ser la ley en adelante en nuestras manos? Vuestra indulgencia al derogarla hará que se estrelle toda fuerza pública en manos de los magistrados. Pedimos que se nos encargue que cumplamos con todos nuestros deberes, que se nos deje la responsabilidad y que no se nos disimule en lo más mínimo la obligacion que tenemos de morir por sostener la tranquilidad pública.» Estas palabras, dignas del canceller L'Hopital ó de Mateo Molé, fueron acogidas con frialdad por la Asamblea y escarnecidas por los cuchicheos y fingidas risas de las tribunas. Vergniaud las saluda hipócritamente y les hace callar.

«Sí,—dice el orador, á quien otro motin debia arrancar de la tribuna al año siguiente,—sin duda que hubiéramos hecho quizá mejor en no recibir aquí hombres armados, porque si hoy el civismo conduce aquí á los buenos ciudadanos, la aristocracia puede conducir mañana á sus genízaros. Pero el error que hemos cometido nosotros autoriza el error del pueblo. Las reuniones formadas hasta aquí parecian estar autorizadas por el silencio de la ley. No se me oculta que en la ocasion presente los magistrados os piden fuerzas para contenerlas; pero ¿qué debeis hacer en unas circunstancias como las en que nos hallamos? Yo creo que sería muy

riguroso que fuéreis inflexibles respecto á una falta cuyo principio se halla en vuestros mismos decretos, y creo tambien que sería un agravio para los ciudadanos que reclaman ahora que les dejéis presentarse ante vosotros el suponerles malas intenciones. Dicen que el objeto de esta reunion es presentar una peticion en palacio; yo no puedo figurarme que los ciudadanos que están ahí fuera reunidos pidan ser introducidos con armas á la presencia del rey, y pienso tambien que, conformándose con las leyes, irán desarmados á palacio como unos simples peticionarios. En consecuencia, pido que todos los ciudadanos que están reunidos para desfilar delante de nosotros sean admitidos inmediatamente.»

Indignados Dumolard y Ramond al ver tanta perfidia y tanta bajeza en aquellas palabras, se opusieron enérgicamente á la debilidad ó complicidad de la Asamblea. «El mejor homenaje que podeis tributar al pueblo de Paris—dijo Ramond—es hacerle obedecer sus propias leyes. Pido que los ciudadanos depongan las armas ántes de ser admitidos en vuestra presencia.» «¿Qué estais hablando de desobediencia á la ley,—le respondió Guadet,—cuando tan á menudo la habeis derogado vosotros mismos? Cometeriais una gran injusticia en acriminar al pueblo, y os pareceriais á aquel emperador romano que, para encontrar más criminales, hizo escribir las leyes en caracteres tan difíciles de entender, que nadie podia leerlos.»

La diputacion de los amotinados entró al oír estas últimas palabras, en medio de los aplausos y de los gritos de indignacion que se oian casi por iguales partes en la Asamblea.

Huguenin, orador de la diputacion, lee la peticion redactada en Charenton. Declara que la ciudad está alerta en la ocasion presente, y dispuesta á emplear medios extremos para vengar la majestad del pueblo. Deplora, sin embargo, la necesidad de empapar sus manos en sangre de los conspiradores. «Mas ha llegado la hora,—dice aparentando resignarse á combatir,—y correrá sangre; los hombres del 14 de Julio, aunque lo parezca, no están dormidos; la salida de su letargo será terrible: hablad y nosotros obrarémos. El pueblo está ahí para juzgar á sus enemigos. ¡Escojan éstos entre Coblenza y nosotros! ¡Libren de su presencia la tierra de la libertad! En cuanto á los tiranos, ya los conoceis; el rey no está de acuerdo con nosotros, y la prueba es que se ha deshecho de los ministros patriotas y que deja nuestros ejércitos en la inaccion. La cabeza del pueblo, ¿no vale tanto como la de los reyes? ¿Debe correr impunemente la sangre de los patriotas sólo por satisfacer el orgullo y la ambicion de ese pérfido palacio de las Tullerías? Si el rey no obra, suspendedle; un hombre solo no puede poner trabas á las voluntades de veinticinco millones de ciudadanos. Si aún le mantenemos en su puesto por consideracion, es para que desempeñe los deberes que la Constitucion le impone. Si se separa de ellos, ya no es nada. ¿Y qué ha hecho el tribunal supremo de Orleans? ¿Dónde están las cabezas de los culpables á quienes debia herir? ¿Se nos obligará á que nos hagamos justicia por nuestra mano?»

Estas siniestras palabras consternaron á los constitucionales é hicieron sonreír á los girondinos. Sin embargo, el presidente respondió con una firmeza que no fué apoyada por sus colegas, y la Asamblea decidió que el pueblo de los arrabales fuese admitido á desfilar armado por delante de la Asamblea.

Apénas votado el decreto, se abren las puertas á los treinta mil peticionarios. Durante este largo desfile, la música toca canciones demagógicas, la *Carmañola* y